

ALBORADA

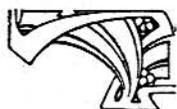


SUMARIO

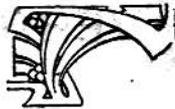
Mario C. Marcial: «Divagaciones». — Angel Preti: «Verbo Intimo». — Bartolomé Galindez: «Algo de nada». — Héctor Marino: «Afirmaciones». — Manuel de Castro: «Conceptos». — D. J. Firpo Garelli: «El genio y los mediocres». — Martín Bernal: «Plegaria inmortal». — Fidel Solari: «La tela arácnida». — Julio Garet Mas: «Sancho». — Sagunto Torres: «Nocturno». — T. Rodríguez Fa-

bregat: «Hermandad». — A. R. Bufano: «Maternidad». — Fernando del Intento: «La doctrina de Darguin». — Fernando Lys: «Reflexiones de viaje». — Silva Serrano: «Divagación sentimental». — Fray Andrés: «Entre rejas (del natural)». — Tabaré: «El soñador». — Curt Seidel: «El arte de Medardo Rosas». — Paul de Saint Víctor: «Los mitos de Prometeo». — De administración. — Notas varias.

ALBORADA



Revista de sociología, literatura y arte



Director: Mario C. Marcial - Administrador: B. Pereira

AÑO I

BUENOS AIRES, 15 DE SEPTIEMBRE DE 1917

N.º 12

DIVAGACIONES

Amamos los bellos gestos como la alondra a la luz. Todo lo que se eleve por encima de la atmósfera viciada de la conveniencia y el mercantilismo, hallará un eco en nuestros corazones.

Liras sagradas nuestros espíritus, al soplar los vientos del entusiasmo, arrancarán sonoras vibraciones a las cuerdas melódicas de nuestra simpatía.

Ese grupo de jóvenes que lanzara un manifiesto invitando a la juventud intelectual, para aunar esfuerzos en la lucha común contra el cartaginés, es digno del mayor encomio.

Bello gesto que aunque no hiciera más que reventar en brotes, privándonos del perfume de sus rosales, tendrá la virtud de «épater les bourgeois», y todo lo que tenga tal propósito merece nuestro aplauso.

No solamente el obrero y el empleado, han menester asociarse, para reivindicar sus derechos, es hora ya de que el ejército indisciplinado de los trabajadores de la pluma, vayan apretando filas y ejercitándose para bregar contra el común enemigo, hora es de que esgrimiendo las luminosas peñolas, las descarguéis a manera de tajantes espadas para derribar de un solo golpe las cien cabezas del proteico monstruo.

Juventud es sinónimo de belleza y de pujanzas y de atrevidas empresas; ella es la iniciadora de las temerarias conquistas y a ella le corresponden los laureles del triunfo.

Cuando queráis sobreponeros a la prosa miseranda del cotidiano vivir; cuando intentéis sobreviviros y dejar una flamante estela que indique vuestro paso por el mar proceloso de la vida,

despojaos del vetusto ropaje de los viejos preceptos y sacudiendo el pesado polvo de la rutina, que lleváis adherida a las sandalias, ponédle alas de juventud a vuestros sueños y volad hacia los nuevos horizontes, hacia las remotas playas de las líricas tierras del Ideal.

¿Qué la derrota caerá como un granizo sobre los campos en flor de nuestras ensoñaciones, malogrando la cosecha? ¿Y qué le importa al mar que se construyan diques para contener sus iras y dominarlo? Si él nació libre y como tal conciente de su fuerza y poderío, pacientemente, sin cesar, socava las rocas, ya tumbando sus aguas con languidez felina, como acariciándola, para cerciorarse de la resistencia del enemigo; ya rodéandola y buscando por todas partes un intersticio por donde infiltrarse; ora lanzándose al asalto con nervioso sacudimiento, ora deteniendo el ímpetu para volver de nuevo lanzando sus embravecidas olas, como un puñado de valientes, y al estrellarse rugiendo y sollozando de impotencia, hasta que minando poco a poco loscimientos, echa por tierra las pesadas moles y sigue cantando sus himnos de libertad y sus eternas nostalgias, entre tambos y resplandores; de oro durante el día y de plata en el plenilunio.

Tal esa pléyade de entusiastas portuliras abatirá la agobiadora muralla de la indiferencia, y entrará irrumpiendo como una tropa de robustos centauros, para detenerse a dialogar «bajo el fresco bosque» de la «Isla de Oro».

A ellos nuestro saúdo.

Mario Cataldo MARCIAL.

VERBO ÍNTIMO

No es posible olvidar, no es posible vivir olvidando cosas, acontecimientos u hombres, máxime si han dejado huellas felices en nuestra conciencia. Tal sucede, por ejemplo, cuando con calor de vida y profundamente sinceros, hemos presenciado o actuado en un cambio psicológico ascendente y renovador.

Las sensaciones de vida, las impresiones de salud, que en lo más hondo se traducen por ideas de luz, altas y bellas, llevan, como todo lo que cumple a los sanos desarrollos, un sentido de bienestar físico, moral e intelectual, que es también obra y es mejoramiento si actúa sobre lo social. Aportar a este cuerpo, unidades llenas de concordia y libertad, es consolidar inteligentemente, en los planos superiores de la vida, un ideal de humanidad.

En nadie, más que en los hombres superiores, rige con tanta justeza, la ley del equilibrio universal,—ley de verdad, equilibrio supremo de todos los sedientos de justicia, no para dictar artículos de fe—exégesis de la muerte—sino para crear la pródiga y prodigiosa moral humana, que a la par que nos dá nuevos alientos, fecundiza y eleva como una real virtud de vida.

He ahí el secreto de nuestra robustez, de nuestra fuerza, así en los llanos como en las cumbres, entrampados o no.

Lo de antes, lo que dejamos atrás, todo aquello en que hemos sido partícipes, que fué substancia, savia y esencia gustada todos los días en todos los caminos lisos o ásperos de la vida, es hoy, para nosotros, sana lección, llana actitud, verbo sencillo de amor y dignidad en nuestras vidas íntimas.

Y en amor hemos trocado el olvido de todas las cosas malas que hemos dejado a la espalda; y las imágenes dignas, las representaciones de nuestro bien interior, han ido construyendo sobre la marcha, el palacio luminoso del futuro.

Y vivimos... Y continuamos viviendo, amando siempre y siempre,—lo que fué, por sus enseñanzas, lo que es por sus lecciones, y lo que vendrá porque son las semillas echadas a germinar sobre los surcos: «el porvenir de nuestros hijos».

Hemos nacido fatalmente, para prodigar la vida, para vivir ascendiendo y hacer que así vivan todos!... Por eso amamos la eternidad, fatal y cruel tantas veces, pero benigna y fecunda, tantas otras... Por eso amamos la eternidad... ¡caso para no morir nunca jamás!...!

...Papá... papá... papá...

¿Oís?... Y bien, ¿no es esto acaso, prolongación de una luz que se prolonga? ¿No es el eco de nuestro continuo repicar sobre las campanas aurales? ¿No es amarse, amar y representarse en lo eterno de los tiempos?

...Sigamos amando la eternidad, es decir, amamos lo que tenemos próximo. Quizá sea éste nuestro verdadero, el más alto, el más fecundo, el más noble designio...

¡Pasemos por sobre los escombros y los cadáveres! ¡Cumplamos nuestro destino! ¡Fundemos sobre los hijos nuestro profundo amor!

«Porque yo te amo eternidad!»

Angel PRETTI.

ALGO DE NADA

En medio de nuestras evoluciones íntimas cuando un deber nos impulsa a obrar, los que estamos acostumbrados a hacerlo guiados por una fuerza doblemente interna y múltiplemente espiritual, nos sentimos completamente satisfechos. ¿Qué influye en esa satisfacción? ¿El cumplimiento del deber o el desahogo del alma?

Nada malo podemos hacer sin que una voz interior nos condene. La influencia de la misma culpa hace que obremos en contra de ella misma y de ese modo amenguamos en lo posi-

ble nuestros malos actos.

La razón, órgano de todo raciocinio en el mecanismo humano, representa la potencia universalmente acatada. Convengamos que muchas razones tienen defectos, pero cada defecto es a veces un adorno sincero, tan desnudo como el cuerpo de una ninfa griega saliendo de un río rodeado de olivos etólicos.

Convengamos, también, que cada razón tiene sus bellezas tranquilas a la vez que tranquilizadoras.

Así, pues, con el deber y la razón en un acuerdo sereno, el alma que guía o es guiada por un ideal, florece en evoluciones de serenidad hacia la Perfección.

Y es así como en la Perfección se encuentra, con el origen cristiano de todo lo bueno y de todo lo noble, el hombre que sin descender de la montaña, como el superhombre, hace doctrina sana y llena vacíos enfermos.

Una débil luz de condescendencia divina atesorando rayos brillantes sin nublarse los ojos del que a ella se acerca le muestra la buena senda.

Y es la buena senda de los peregrinos, la que atrae la fatiga de los viajeros.

Y es la buena senda de los viajeros, la que atrae la sed de los peregrinos.

Pero en la buena senda está el oasis de la purificación.

Y en la mala senda está la ciénaga de la descomposición.

No miremos el camino.

Vamos hacia donde nos guía el resplandor de nuestros actos.

Despreciemos la Duda.

Adoremos la Fe.

Con la Duda y la Fe hagamos el avance.

Y sigamos como los buenos peregrinos de la Tebaida bebiendo agua y perfecciones.

Sin amar ídolos seremos cristianos entre el deber y la razón.—Así sea.

Bartolomé GALINDEZ.

AFIRMACIONES

La democracia es un estado político inventado para dar entrada en el gobierno a un mayor número de pillos. Es un gobierno impersonal, en el cual jamás se encuentra la cabeza responsable ni el brazo ejecutor. Es la tiranía más abominable porque la ejerce todo el pueblo de una nación.

Democratizarse un pueblo equivale a ganar en imbecilidad, porque la democracia es una farsa sostenida por todos los habitantes; y la farsa no es cualidad de un pueblo normal, aunque sea de un pueblo equilibrado. Elegir el pueblo sus representantes, es hacer una declaración pública de evanescimiento colectivo; ningún hombre normal precisa ser representado por otro.

Ved los parlamentos: son jaulas de locos

Representación colectiva es renunciamiento individual; pero eso es Democracia; es el pueblo gobernándose y dictándose leyes; es el más alto grado de demencia humana. Un pueblo ocupado en la fabricación de leyes o cañones, es un pueblo que renuncia a su existencia y se destruye a sí mismo.

Por eso la Democracia es el más abominable de los sistemas de gobierno, porque es la culminación de la imbecilidad; la muerte de la independencia personal.

La independencia personal ha menguado en este siglo a causa de la tirantez económica. Ninguna escuela enseña Independencia, y casi todas enseñan servilismo. Al niño se le educa para ser utilizado y no para que sea útil a sí mismo.

Hay que tener un oficio o un empleo para poder vivir, esto es: hay que servir de herramienta, hay que ser cosa útil a los demás para atravesar este valle de lágrimas que se llama la Vida, atado al carro del pri-

vilegio, sin una protesta, sin un gesto de hombría.

Estamos en el siglo del hombre-resorte, de la humanidad-máquina. La Independencia no es cualidad del hombre actual.

¡Hay que imitar el vuelo de los Cóndores!

El hombre tiene unas alas poderosas: el pensamiento. ¿Por qué no vuela? ¿Qué poder invisible lo sujeta a la miserable condición de reptil? El miedo a las altitudes. Nace y se cría en el miedo; se educa en el miedo: el miedo lo acompaña hasta el sepulcro.

Así se malogran las alas. Y por eso triunfan las garras; por miedo al espacio abierto—miedo de inmensidad—el hombre se agarra al suelo.

Hector MARINO

Mar del Plata.

CONCEPTOS

La metafísica no es una ciencia muerta, aunque su campo de experimentación empiece donde termina la concepción materialista del mundo. Según Nietzsche, el materialismo hará por mucho tiempo las veces de explicación, pues mientras los hombres no desconfíen de las percepciones sensitivas les será difícil penetrar por el intrincado laberinto de la especulación abstracta.

Los sentidos nos llevan casi siempre a errores fundamentales, y las impresiones que recibimos del mundo externo, suelen confundirnos a causa de la volubilidad de las mismas.

Las visiones trascendentales de ciertos místicos y la intuición de los poetas han llegado más allá del análisis frío y la investigación minuciosa de los sabios de gabinete.

Habladle de problemas espirituales a un enamorado y os responderá que no hay problema más inquietante que

su pasión.

A medida que nos alejamos de los puntos comunes del razonamiento, sentimos el vacío... la distancia. Una interrogación perenne sale de nuestros labios inquietos: ¿es ésa la senda? ¿No será nuestra fantasía la que nos brinda un entretenimiento tan peligroso?...

En verdad «somos hombres de poca fé»...

El aire no traspasa ningún cuerpo denso. De igual modo la verdad, siendo «abstracta» no la podremos percibir a través de nuestra mente tan acostumbrada a lo concreto. Hay que dirigirla hacia lo tangible.

Manuel de CASTRO

Montevideo.

El genio y los mediocres

El genio siempre fué perseguido por los mediocres y los nulos, como la luz por los insectos y el sol por las nubes. Engendros de las tinieblas, los incoloros, los anodinos, nunca pudieron soportar las deslumbrantes fulguraciones de los cerebros-asiro, y odiaron al genio con el odio nictálope de los buhos a la aurora. Y se explica. Los imperceptibles y casi rastreños áletoes de los gorriones se revelan en toda su insignificancia ante los magníficos vuelos del águila. Esta es, si no la única, la principal causa que determina que los mediocres—pigmeos con ambiciones de gigantes—le maullen al genio. Ellos se saben jibados cuasimodos, y temen el contraste que sus deformidades producen frente a la euritmia de los perfiles apolíneos. Son semejantes a las cerillas, que sólo pueden brillar en la obscuridad; donde no hay sombras, sus pálidas irradiaciones pasan inadvertidas igual que los fuegos fatuos entre los esplendores del plenilunio, o como las luciérnagas ante las estrellas de primera magnitud. Por eso se revuelven airados contra el genio que los eclipsa y tratan de derrumbar su obra, a modo de hormigas que pretendieran deshacer una montaña.

Microcéfalos con instintos de polilla, no pueden ser alborada y se hacen hoguera; carecen de alas y esgrimen las uñas, dirigiendo, con preferencia, sus zarpazos al genio que se cierne sobre sus cabezas y les hace sombra.

Esto, sobre todo, cuando lo ven vacilar por el cansancio y tienen probabilidades de herirlo; cuando no, se conforman con ladrarle sus impotencias desde abajo, como los cuzcos a la luna.

Pero, ¿qué le importan al genio las rabiosas diatribas de los mediocres? ¿Qué, al armonioso ruiseñor los silbidos de los reptiles, que pretenden acallar sus trinos? ¿Acaso la miel ática de los sublimes poemas de Homero, es menos deleitable por haber sido salpicada por las viscosidades ponzoñosas de un Zoi-lo? El Hamlet, ¿dejará de ser uno de los más rífulgentes luceros del arte dramático y Shakespeare una de las más grandes glorias de su siglo, por las despiadadas invectivas de los puritanos de su época? Las nieblas que insidiosamente le arrojara un Saint Beuve, ¿conseguieron empalidecer los fulgurantes relámpagos del esero de Víctor Hugo? No, porque las creaciones del genio son inmortales, y la Belleza nunca deja de ser tal, aunque los pseudo-estetas la tilden de adefesio. Por el contrario, cuando una obra de arte es zarandeada por los críticos, lo primero que se advierte es la perversidad de los aristarcos, del mismo modo que cuando una flor es roída por los gusanos lo que más resalta es la fealdad de los insectos.

Y esto los mediocres lo saben perfectamente, más no cejan, porque, como Eróstrato, quieren inmortalizarse a todo trance y no pudiendo crear, como él, tratan de alcanzarlo destruyendo. Quieren de vivos, parecer grandes empuñando a los demás y de muertos ser recordados en la Historia por su osadía. Porque esa es, en definitiva, su finalidad: «Pasar la selva—según la acertada frase de un escritor colombiano— como los parásitos escondidos en la melena del león».

¿Y lo consiguen? Sí, pero sólo para vergüenza de sus nombres y mayor gloria de sus víctimas, para ser, en la

infinidad del tiempo, la hojarasca que abone y haga florecer con más esplendor el laurel del genio.

¡Y ese es su castigo!

D. J. Firpo GARELLI.



Bienvenidos seamos, madre Tierra, por tí y por tu resplandeciente consorte, el Sol.

Bienvenidos seamos, por tí y por él, en un aristocratismo vital, que se desborde de nosotros, como ritmo creador de un señorío rebelde, sobre las turbias correntadas que pasan, devastando el propio cauce de la vida.

Reñido él mismo de dolor, frente a las turbias correntadas que pasan:

¡Acógelo madre Tierra!

¡Corónalo, padre Sol!

Reñido él mismo de dolor, cada día se renueva, cada día crece más de un amor infinito, de un amor inmenso.

Reñido él mismo de dolor, un día desgarrado desde las pupilas inviolables de las novias hasta la más dulce sonrisa maternal.

Tu aristocratismo, el mío. Natural, lógico, inmutable. Floreciendo, en un señorío rebelde sobre las turbias correntadas que pasan, devastando el propio cauce de la vida.

Bienvenidos seamos en un aristocratismo vital.

Por tí.

Por él.

Martín BERNAL

SILUETA

Quise hacer cortesmente un genuflexo
Al ver al «soberano» de «mi» tierra,
Y... fué inútil mi esfuerzo por curvarme:
¡Caramba que inflexible está mi médula!

Alguien dijo que tengo la manía
De contemplar el cielo y las estrellas,
Y por hábito es lógico que erija
Hacia lo alto mi díscola cabeza!...

Pascual NETRI.



POESIA

LA TELA ARÁCNIDA

La tarde que se apaga es bella y triste;
el sol en ascuas de oro se derrama,
y el cielo, que de azul siempre se viste,
es un rojo dosel en una llama.

Hacia el balcón me fuí, donde divago,
con imágenes magnas o pueriles,
mientras contemplo en el sereno lago
sus ondas recamadas de perfiles.

En su fondo, plateado y transparente
volcado, y más hermoso, está el paisaje,
haciéndome pensar que así la mente
adorna a lo que evoca en su áureo traje.

Y en tanto que las flores se destiñen,
y que la brisa esparce su perfume;
que los gorriones por migajas riñen,
y la dorada lumbre se consume:

una pequeña y amarilla araña
subióse hasta el balcón, y en una esquina,
de una patita leve cual pestaña
soltó una hebra transparente y fina.

Pronto del hilo la ondulosa punta
a un ángulo del marco se detuvo,
y en otro extremo, con donaire ayunta
un nuevo hilo en que colgada anduvo.

Y tejiendo flotantes paralelos
con otros muchos que alineó a su lado,
siguió cruzando los plateados pelos
formando así un magnífico calado.

Sentí entonces el bárbaro designo
de trazar en los hilos una estela,
y aleve obrando, el índice maligno,
deshizo sin piedad la hermosa tela!

La araña que en el marco se sostuvo,
hizo oscilar sus rápidas patas;
y ni un punto en la tela se detuvo,
construyendo de nuevo sus ranitas!

Ya cuando casi estaba terminada,
¡oh, bárbaro!, hacia ella el dedo llevo;
y soltando una infcua carcajada

vuelvo a romper la construcción de
[nuevo!

(Miré los tenues filamentos
que con arte y amor fueron labrados,
pensando que así son los pensamientos
por las malignas almas destroncados).

La araña, «no por eso se detiene»,
pues que ensamblando los delgados hilos,
rápida sube, baja, vuelve y viene,
tejiendo sus aéreos peristilos.

Por fin, la araña estuvo satisfecha:
bella, fuerte y flexible como un mimbre,
ví por tercera vez la tela hecha.

—¿Un Diablo me tentó?... ¡Rompí la
[urdimbre!

Sí, y aunque tu lector no lo celebras,
la rompí transtornado de alegría,
viendo a la araña en las sutiles hebras
¡que allí a tejer de nuevo ya volvía!..

Fidel SOLARI.

NOCTURNO

La noche extendía sus crespones
entre las livideces del Ocaso,
y en la suave beatitud del caso
se llenaron de luz mis ilusiones.

Te miré de improviso: estabas fría,
y en tu rostro de pálida enfermita,
leí la honda esperanza de la cita
que nuestro amor perenne sostendría.

Una amarga visión cruzó mi mente;
y con la resignación de un penitente
te arrojé y, en tu dolor hemano,

descendí hasta su grado más intenso
mientras un suspiro de mi amor in-
rompió aquel silencio puritano.
[mense-

Sagunto TORRES.

Sancho

Reir del Sancho es cosa
vulgar, ya en bella prosa,
ya en la vida tediosa,
ya en versos de cristal.

El Sancho triunfa y goza
se enardece, retoza,
y habla en vil geringoza
y aumenta su caudal.

Para el hijo poeta
se atiene a la receta
del médico veleta
que no sabe un ají;
no concibe la veta
del ideal, la secreta

pena, el sueño violeta
Rebulle como una
mosca, no vé la luna,
sólo anhela fortuna,
se cree un sabio cabal;
huele apenas los ramos
y no ama lo que amamos
los que en rimas cantamos
la gloria, el ideal...

Reir del Sancho es cosa
vulgar, ya en bella prosa,
ya en la vida tediosa
ya en versos de cristal.

Julio Garet MAS.

Montevideo, 1917.

HERMANDAD

Ante el cuadro de un artista amigo.
La cinta del camino... ¿Qué destino, qué mano
que espíritu supremo, qué voluntad, qué vino
Te tendió sobre el alma pensativa del llano
Como el signo probable de algún mudo destino?
La cinta del camino... Y aquel árbol que llora
Al llorar de la luna... Que ríe con la brisa,
Que entreabre sus perfumes en la paz de la hora...
Y es dulce su tristeza. Y es con llanto su risa!
El árbol y el camino: los eternos hermanos,
Hermanos en el alma de un sufrir sobrehumano
Hermanos en su pura y eternal hermandad...
Como el signo probable de algún mudo destino,
Como un alma fragante sobre el rojo camino
Para los caminantes hacia la Eternidad!...

Enrique Rodríguez FABREGAT.

M A T E R N I D A D

Mujer, busca el dolor de tu parto inefable,
porque, él habrá de darte tu más alto placer;
porque él sella en un lauro tu existencia mudable
de blanca novia insomne con nostalgias de sér.
Mujer, busca afanosa la gloria insuperable
de ser madre diez veces por sublime deber;
¡la tierra que es estéril no puede ser laudable
como la que es fecunda! ¡se fecunda, mujer!
¡Cuán grato es ver alzarse la sana y blonda espiga
después de muchos soles de amor y de fatiga
con el ansia secreta de su consagración!
Mujer, busca ser madre sólo una vez siquiera,
porque en el trance augusto que te redime entera
purificas el lecho de la cohabitación!

Alfredo R. BUFANO.

LA DOCTRINA DE DARGUIN

El silencio tiene un sonido o un modo que le es propio, de manifestarse; únicamente que para oír ese sonido, es necesario estar solo, solo de toda soledad.

Tan sutil, tan infinitamente espíritu es el modo de pronunciarse del silencio, que, para poder escucharlo, no es suficiente estar solo: es previo también que todo pensamiento nos haya abandonado. Ya lo sabéis. Si alguna vez queréis oír el sonido del silencio, haced de manera que quedéis tan solos, que ni el isócrono ruido del corazón os distraiga.

¡Oh, qué descansado retorna el que trabaja siempre con su espíritu, después de haberse ablucionado en la paz gestadora del silencio! ¡Cómo se vuelve de remozado, y qué matiz de jovialidad adquiere para uno la faz de las cosas!...

Es el silencio creador, en el que giran todas las esferas; es el silencio creador, en el que crecen sin ruido y sin moverse, las gramillas; es el silencio creador, del que tornamos como de un baño letífico; es el silencio creador el que nos ha hecho nuevos.

Solo hay una cosa semejante al silencio, y esa cosa es el sueño sin ensueños. Pero, poned atención: he dicho nada más que semejante, ya que, bien mirado, el sueño es un apenas morir de la materia y sus facultades, siendo el silencio de que hablo, por el contrario, un estado de vigilia poblado todo de ruidos... de esos ruidos que se oyen sin percudir en los tímpanos.

Pintad de negro vuestra pieza, mejor si es una casa; encerráos en ella una noche, después de dar las doce; soplad la luz y, ya a oscuras, sin compañía ninguna, haced huir el más leve asomo de pensamiento y cesar el golpeteo de vuestro corazón... Oiréis, a poco, cómo empieza a llenarse de ruidos el silencio circundante.

Diréis que desde el momento en que

comienzan los ruidos, cesa el silencio... y, filosóficamente tendréis razón. Pero, haced la prueba y los hechos os harán al punto desdecir... Y es que en la noche, afuera, oiréis el aullar de un perro, pongo por caso, o el estentóreo cantar de un gallo, o el agudo chirrido de los ejes de un carro... y entonces comprenderéis, por una simple comparación, que esos sonidos que de afuera os llegan, son distintos, diametralmente distintos de los que llenan la noche sin palpitos de vuestra habitación.

Sí, no lo dudéis: lo que os circunda en vuestra habitación, es un silencio ruidoso: el silencio creador en el que crecen sin movimiento apreciable, las gramillas, y giran eternamente las esferas.

Más, ya veo en los labios la pregunta desdibujada por la sonrisa: ¿a qué sonido se parece el sonido del silencio?

Es insípido, inodoro, vacío, sin semejanzas en la realidad... En fin, pues que me apuráis, os diré que el sonido del silencio se parece... al que produciría un millón de grillos que a diez metros distantes de nosotros agitaran sus élitros durante un mes seguido.

Un médico, al que fui a ver por cuestión de una dolencia que me hacía el efecto de una aguja de hielo en el cerebro y con el que hube de discutir mi doctrina del silencio, estuvo a punto de mandarme a un manicomio.

Un sabio de mucha ciencia, que daba de cuando en cuando conferencias y realizaba entre sus oyentes experimentos aclaratorios, llegó a decirme que lo que yo calificaba de sonidos del silencio, no era otra cosa que el zumbar de las olas de la sangre en los oídos.

Un abogado después de escucharme muy atentamente, me salió preguntan-

do si no tenía algún dinero que heredar.

Un diputado elocuentísimo, me rogó que concurriera a su casa y luego de oirme, me habló de no sé qué negocio en el cual mi concurso y mi doctrina del silencio entraban por mucho.

Un prelado muy limpio y perfumado, invitóme a almorzar viandas sabrosas y más sabrosos vinos; aplaudió mi doctrina entretanto y después me llevó en un carruaje a una pieza de hotel de la que hube de salir acongojado por

los llantos de una niña que me pidió la salvara no sé de qué demonios, y perseguido por un señor barbudo que me exigía le devolviera su honra... En fin, nadie me comprendió. Pero, yo continúo en mis trece: para mí el silencio sigue poblado de ruidos.

Yo, lector, declino toda responsabilidad en lo que a esto se refiere. No me concreto más que a hacerte conocer la «doctrina» de mi amigo Darguin y sus innumerables peripecias.

Fernando del INTENTO.

REFLEXIONES DE VIAJE

Mucho ha que ansío salir de mi pequeño mundo, distanciarme de las cosas familiares y abandonar mis hábitos, viajar hacia Oriente y Occidente, hacia Mediodía y Septentrión sin término ni rumbo fijo. Repetidas veces visité en sueños las bellas comarcas, y llegué a París caminando media hora tan sólo...

Pero llegado el momento de la partida, tengo que reprochar a la imaginación la ligereza con que suprime las trabas y obstáculos del afecto. Porque ella es culpable de la ruina de muchos caracteres.

Durante varios años he recorrido las mismas calles y visto las mismas casas y personas; y me eran conocidas en todas sus fases y detalles. Más contemplándolas por última vez, quizá, las ví bajo un aspecto nuevo: el de cosa nuestra, parte de nuestro yo, que toman los seres y objetos de que vamos a alejarnos.

Y al darles la despedida, comprendí la honda pena experimentada por el que se despoja de creencias que fueron patrimonio de muchas generaciones; y también me pregunté: ¿Bajo qué extraña visión se nos presentará el mundo en la hora de la muerte...?

El tren arranca: la fuerza del vapor,—alma de la locomotora,—venció a

la fuerza de la inercia.

Yo pienso que toda rebelión contra la estabilidad de lo presente es loable, sea cual fuere el ideal que la anima: porque ella revela un descontento, un afán de mejora y un esfuerzo por conquistarla.

A los costados del coche desfilan rápidas las casas y calles, cual si huyesen. Pasamos del centro de la metrópoli a los arrabales y luego al campo. Ahora respiro a pulmón lleno, cual si recién saliera de una cárcel.

Y es, en efecto, una cárcel la ciudad, una cárcel enorme; sus policías, guardianes e inspectores, prohibiciones, ordenanzas, etc., etc., hacen que la vida en ella sea una penosa expiación de no sabemos qué delitos... Ingresan diariamente centenares de hombres jóvenes, sanos, y allí se les muele, se les exprime a los que carecen de poder o de malicia, para devolverlos envejecidos, extenuados, después de una derrota larga y continua.

Pero esto no es todo. Resta agregar la horrorosa verdad que en su novela «En la carrera», expresa Felipe Trigo con más o menos estas palabras: «Al comienzo del año escolar llegan a Madrid trenes repletos de estudiantes, que de regreso a sus hogares cuando los cursos terminan, desparra-

man la sífilis por todos los rincones de la península.

¡Cuán ridícula es la pretensión de aquel pueblecito, que con sus focos reunidos en minúscula constelación, se esfuerza por iluminar la noche inmensa!.

Hay que levantar la tierra hasta las estrellas, para que la luz sea.

Una tenue claridad comienza a filtrarse arriba por los huecos de ventilación: es que el día se avecina.

Yo tengo la vista cansada de posar durante doce horas en el interior del vagón, y quiero recrearla extendiendo a lo lejos la mirada. Levanto la persiana; pero también tengo que frotar el vidrio: una gruesa capa de escarcha lo empaña. Por fuera se ha helado la humedad de la atmósfera y por dentro el aliento de las respiraciones.

La asociación modifica las condiciones de felicidad individual. Y el pensador que se reconcentra en sí mismo debe cuidar de no perder la sensibilidad; pues de enfriarse su epider-

mis, quedaría velada la visión de lo externo; y adelantándose los acontecimientos, anularían las especulaciones del pensador.

Amanece, y al contacto del primer rayo de sol el ganado se pone en movimiento sobre los campos.

El hombre es, quizás, el único animal que todas las auroras sorprenden en el lecho.

Me voy acercando a mi destino.

El pensamiento, vuelto al principio hacia las personas queridas y los sitios por mí habitados, avanza hacia el fin del viaje inquiriendo con ansiedad en el vacío:

¿Cómo será el lugar a que me dirijo?
¿Cuál el espíritu de los hombres que lo pueblan? ¿Qué impresión la mía en presencia de los nuevos horizontes?.

Nada puedo saber antes del arribo. Pero es bueno que el pensamiento se me adelante en el camino.

Fernando LYS.

Punta Alta, agosto de 1917.

DIVAGACION SENTIMENTAL

UNA NIÑA CIEGA

En este día tranquilo, con un cielo azul como una clara lámina de acero, con este sol benigno y tibio y el aire perfumado que viene del jardín cercano, me he sentido de repente conmovido hasta lo indecible. ¿Quién ha motivado esta perturbación sentimental? ¿Qué ha venido a conmover mi fibra de amor? Estaba sentado en el banco añejo que hay en el patio, los pies estirados, recostado de espaldas a la pared, descansando cómodamente y con el libro de un poeta emocional en las manos. A ratos leía y dejaba vagar mi espíritu por rosadas regiones de ensueño; otras mi vista distraída penetraba a través de la parra que forma como una glorieta y seguía el vuelo lento de una golondrina que se perdía en el azul del cielo...

Así permanecía esta tarde dulce; lleno de un vago éxtasis espiritual; predisposto a todos los entusiasmos del corazón, y a todas las ternuras.

Y así sorprendíome la charla monótona de la mujer que a casa llegaba. Hacía muchos años que no la veía y hoy, ella determinaba hacernos conocer su hijita única.

Cuando me he vuelto para saludarlas noté que estaba tocada para siempre por la fatalidad. Sus ojos permanecían abiertos y no veían.

Su madre nos contó la historia.

Nació enferma de la vista. Y en aquel lejano pueblo los escasos médicos que la atendían por caridad no daban con el exterminio del mal. La chica crecía y cada vez veía menos, y entonces resolvió, como un último re-

curso, tratar con el practicante de un regimiento destacado allí en la villa. Y este bárbaro, para quién no habría pena bastante grande, aplicó un cáustico sobre los débiles ojos de la infeliz criatura que, cuando días después le quitaron las vendas, estaba ciega para siempre!

No sé fo que fie sentido al saber esto. Ira y pena al mismo tiempo.

Mientras la madre hablaba la infeliz sonreía inquieta.

Buscaba afanosa en qué ocupar sus manos, e interrumpía locuaz dando detalles sobre su martirio...

He sufrido. Su carita expresiva, a pesar, su inteligencia despierta, me la hacían más simpática, agradando mi dolor al verla. Y le hablaba. Y ella dábame detalles de la casa de caridad donde se encontraba, me decía de su amor por su maestra buena, de su compañerismo con las demás asiladas, lo que era querida por los sirvientes, donde era la primera en todo, contábame anécdotas llenas de una gracia y soltura de persona mayor, y ¡pobrecilla!, de sus aspiraciones para cuando fuera grande: quería ser maestra! ¡Tenía unas ganas de ver! Acordábase de cuando poseía los ojos, según ella decía, y al decir esto se estremecía toda y quedaba callada por un momento, como en un éxtasis del recuerdo.

Luego, soltaba una carcajada nerviosa, volviendo sus pupilas sin luz hacia el cielo impasible.

No he podido soportar más. He apretado los puños con ira pensando que no existen leyes para castigar este crimen.

¿Os dáis cuenta de lo que se ha hecho con esta criatura?

Dotada de todas las bellas cualidades del espíritu y del alma, un día un señor, con inconsciencia criminal, la mutila para siempre relegándola al lugar de los seres inútiles y más desgraciados.

Pero... no ha parado ahí mi reflexión. He visto claro donde estuvo el peligro. Era pobre la chica, hija de una... cualquiera. Desde el principio, desde el principio de la enfermedad, no la enfermedad, no estuvieron a su al-

cance los medios seguros, las especulaciones específicas de la ciencia, privilegio de las castas poderosas.

Desde el principio la madre tuvo que mendigar las atenciones del médico, recurrir a esa cosa infamante que es la caridad, y bien sabéis vosotros que se yerra mucho cuando es gratis el diagnóstico y que las medicinas no dan su buen resultado cuando no se cambian por oro. Y así, esta niña bella e infortunada, más que víctima de un titulado ignorante se me figura víctima de una sociedad defectuosa y sin corazón.

¿Cuándo habrá justicia, Dios? ¿Cuándo no habrá más niños pobres, ni más niños hambrientos, ni más niños ciegos así?..

Siento que se me humedecen los ojos y, alegando una tarea de urgencia, me vuelvo hacia el interior de casa, furtivamente...

Silva SERRANO.

Montevideo.

PENSAMIENTOS

Les astronomes aiment les étoiles, fleurs du ciel.

Flammarion.

La piedra vence a la carne, pero a la carne vence el verbo.

Unamuno.

El que no es libre no es.

V. Hugo.

Enseñad a pensar a los niños y no les enseñéis la moralidad, como si fueran perros. Es menester que los niños sean hombres y no máquinas.

¡Ay, de los pueblos que tienen necesidad de un salvador!

Kant.

ENTRE REJAS

(DEL NATURAL)

Santos Franco, es «nuevo», llegó hace poco a engrosar el número de los que vegetamos entre las rejas de esta jaula de miserias humanas. Al entrar hizo un gesto de repugnancia, miró desconfiado al grupo de los que le rodeábamos y sus ojos vagaron rápidamente por la estancia, como queriendo buscar un rostro conocido entre aquellos desventurados que le miraban como a un bicho raro; por último, recobró sus energías, abriéndose paso hacia un rincón, donde tiró sus «pilchas», lanzando una blasfemia que no se comprendió, y se sentó maquinalmente estirando sus largas piernas que interrumpían el paseo de los demás presos...

El primer día no habló con nadie; se encerró en un mutismo exagerado; de vez en cuando leía un pequeño volumen deteriorado por el uso; leía a intervalos, como queriendo extraer toda la esencia que aquellas páginas encerraban; después apoyaba sus codos en la ventanilla que tenía frente a sus «filchas» y permanecía largo rato contemplando un pedazo de cielo azul que se reflejaba al través de los barrotes de hierro, por donde se veía cruzar a cada instante una bandada de palomas plomizas que revoloteaban ufanas, como queriendo burlarse de él, que se encontraba encerrado en esta jaula de hierro, privado de lo más hermoso que existe: la libertad...

—

Han pasado tres días. Santos Franco, no es un anónimo ni menos un anacoreta. Tiene ventidos años. No me ha querido decir su nacionalidad; conoce varios países sud-americanos; piensa ir a Europa después que cumpla su condena. Este país—me dijo—no es como lo pintaron; he recorrido toda la campaña y he visto leguas y

leguas sembradas de doradas mieses, campos infinitos que se pierden allá en el horizonte, poblado de animales vacunos. Pero lo más triste es—continuó diciendo después de una pequeña pausa—aquellos miles de seres humanos que se cruzan de un frente a otro en busca de trabajo, o mendigando un pedazo de pan, que siempre lo niegan. ¡Oh! aquello es horripilante. Gorki nos habló de los ex-hom-

—*añ sofetq s̄w̄u oq̄n̄u uos uōř̄ā* que vagan por las campiñas de estas bres de las estepas de Rusia; pero los esos desventurados: aquellos son ex-hombres, éstos son expectros-hombres, que si no se mueren, es porque no tienen carácter para morirse...

—¿Y Vd., de qué trabaja, cómo vive?

—Hay tantas maneras de vivir y trabajar—me contestó tranquilamente.

—¿Es acaso trabajo, el de esos carceleros que nos vigilan?

—¡.....!

—Ya vé Vd., sin embargo, viven; tienen derecho a vivir, como lo tengo yo y todos los que aquí estamos.

—Es verdad, todos tenemos derecho a la vida, sin embargo aquellos son verdugos nuestros, nos tratan como a perros, yo los estrangularía, son canallas.

—No son culpables; hay que buscar la raíz del mal. En fin se hace lo que se puede; algún día comprenderán y entonces ¡guay! de los de arriba.

—¿Qué eres?

—Hombre...

—No, quiero decir qué ideas profesas.

—Ninguna. Soy un descontento, me molesta todo, hasta hablar contigo.

—Eres raro...

—¡No! Simplemente, soy un decepcionado de la vida, quizá un esceptico.

—¿Qué libros has leído?

—Este es mi favorito.—Y me alargó un libro descompaginado por el uso.

—Tres años que lo leo. Se titula «Yo»; el autor no sé quién es; tal vez otro escéptico igual a mí.

—¿No has leído más?

—Sí, otro autor que fué mi primer maestro, pero leí un solo libro.

—¿Cuál?

—«Los Vagabundos»...

Allá, al otro extremo del cuadro, se elevaba un murmullo ensordecedor: era día de «visita».

—Y a tí, no vienen a verte?

—No tengo quién venga, y si tuviese lo rehusaría; no me gusta la amistad de nadie; los hombres están corrompidos, se han desviado del camino que debían seguir.—Y, tú, ¿qué opinas?

Pensé largo rato y le dije:— pero los hombres pueden volver a su camino.

—¿Cómo?

—Enseñándoles a que se amen mutuamente.

—Es verdad; hay que enseñarles a los hombres a que «se amen los unos a los otros», como dijo Cristo.

Fray ANDRES

EL SOÑADOR

Sueña. Soñador, sueña, es lo único que todavía no te han robado; es lo único que en tu misérrima vida de soñador te queda, y sueña que al final solo llevarás como recompensa de tu vida el sueño eterno, imaginado en días de tristezas, en noches de pesares. ¿Saben todos los humanos, qué es un sueño? La inmensa caravana de miserables que marchan por la vida, sin que sus sentimientos sean lastimados por el roce de la actualidad, ¿saben de sueños? ¡No! Ellos no saben de nuestros sueños, porque jamás, en sus momentos de reflexión, se han detenido a examinar su miseria. Ellos sólo saben de estómagos satisfechos que se hinchan al englutir alimentos que los satisfagan. De

decía el poeta, será el reino de los cielos. Los soñadores en cambio, no saben de satisfacciones, no saben de alegrías; sólo viven de penas y de penas se alimentan. ¡Mirad! un soñador avanza, parece un genio. En su frente lleva marcado un tesoro de bondad. Navega sin temores en el proceloso mar de la vida y dirige su frágil barquichuela hacia el porvenir. ¡Mirad! cómo navega. Cuando las olas quieren volcar su fragil barquichuela, cuando la borrasca parece querer tragarlo, él, nuevo mesías, se yergue en su barquichuela y avanza resuelto hacia la orilla, donde crez encontrar los brazos amorosos que han de acariciar con amor, en premio de su hazaña. Pero, no, aún no has llegado, soñador; aún te acechan los canallas; todavía tienes mucha cicuta que apurar, en tu viaje por el mundo.

Los que tú crees se levantarán, los que tú te has figurado que te ayudarán a continuar tu vida de ensueños, te esperan en la otra orilla con todas sus armas viles: la calumnia y la infamia preparadas para lastimarte, para ofenderte, para matarte. Y tú, visionario eterno, vuelves a aunar los rumores y de nuevo encaminas tu barca hacia otro punto, donde te parece encontrarás entusiastas que te acompañen en tu eterna peregrinación.

¡Ah! Inmenso desconocedor de las cualidades de los hombres, tú no sabes de lo malo, tú crees en lo bueno; tú eres un idealista, tú eres un dios. Tu imagen se refleja retratada de cuerpo entero en las cumbres del pensamiento; pero tu figura de soñador no alcanza a cubrir la inmensa falange de esclavos, de malos, de cretinos que se cruzan en tu camino. Tú eres bueno, sublimemente bueno; pero te rodeas de lo malo, y es por esto que tu barca no llegará jamás al puerto de tu sueño amoroso.

Soñador, si un día te faltan fuerzas para continuar tu camino a través de tanta miseria moral, máatate; pero antes de hacerlo, entrégate por entero al hermoso sueño de hoy, que debe ser la realidad del futuro: la Anarquía!

TABARE



EL ARTE DE MEDARDO ROSSO

Nada es material en
el espacio.

M. Rosso.

Querido lector, cuando quieras conocer el arte nuevo de este genio singular que hoy te presento, debes retroceder conmigo tres decenas de años para saber donde se inició la innovación de la escultura moderna. Estamos, entonces, en el año 1880. En la patria de la escultura poco se trabaja; a lo más se sueña beatamente: Juan Bautista Carpeaux, Paul Dubois, Houdon, Dupré y Vela, Begas y Eberlein, — éstos son los escultores antes del ochenta, — han pasado sin llanto alguno al silencio eterno; y fué bien que así fuese, porque ninguno de ellos dió siquiera un empuje, una pequeña parte de nuevo y de genial para el arte.

Al contrario de la magnífica corona de héroes del pensamiento y de la acción de que fué tan rica la época del Renacimiento, la miseria en el arte escultórico no encontró quien supiera aferrar en un momento espontáneo y feliz, la mirada de los hombres que rechazaron la conciencia, el esplendor y la grandeza de las naciones.

Por tal causa, tenemos hoy centenares de fantoches que han llenado de estirbos las plazas públicas, erigidas por estos pobres modeladores de ídolos con buena fe, sí, pero con miserables concepciones, llenas de artificio y con ignorancia de aspiración a lo verdadero. Hablamos de entonces, pero las cosas no han cambiado mucho ni siquiera en estos tiempos.

No obstante, velaba en aquel tiempo, una nueva generación, más atrevida, más austera: en todo el campo del arte se desenvolvía una febril actividad de rebuscas idealidades, una actividad voluptuosa, una sed de aspirar a

nuevas manifestaciones de la belleza; todo fué señal de despertar de arte, sano movimiento realista, que quiere significar expresión desnuda y sincera del alma moderna.

Ya existían en la pintura los rudos precursores y «pioneros» del impresionismo, desorganizados, indefinidos, todavía muy atormentados con la lucha áspera que tenían con el necio y palpable convencionalismo académico, — pensamientos revolucionarios, puros y castos; también ya trabajaba el poeta de la Egandina, Giovanni Segantini, en el retiro del silencioso valle de Brianza, su nuevo ideal, mal entendido, ignorado de sus compañeros, en completa rotura con los académicos groseros de la Brera. La escultura encuentra después en Constantin Meunier el más devoto, apasionado sucesor de Millet en la singular figura del minero, figura rústica, algo grosera, de tratos simples y primitivos: el poema del trabajador. Echando con furiosa vehemencia lo falso, lo pulido, el artificioso clasicismo de los primeros, acabando también con la escultura de gestos alegóricos — románticos, — surge entonces con mayor fuerza y potencia el más tenaz, el más verdadero realismo. El Evangelio de Francisco Goya se escucha con estupor de la boca de los Manet, de los Cezanne y Degas. La nueva literatura, realista también, ella, apoya estos jóvenes fuertes y audaces; Zola y Huysman escriben con fogoso entusiasmo sus conceptos de arte; de tal manera ellos imponen al público la nueva belleza pregonada en la vieja París; siendo por esto un centro de peregrinaje de jóvenes artistas, como en otros tiempos lo fué Roma.

Max Klingen trata de renovar la escultura cromática de los griegos con

su inverosímil y desnudo Beethoven, mientras un escultor parisien, Rodín, se deleita por su parte, en hacer revivir el helenismo perfumado de modernidad parisien, y, el gran Rodín, el alumno de Carrière, el último dios Olímpico de la Francia (quién lo llamó así?) sube lo más altos peldaños de la gloria con sus cariátides, con sus volutas, verdadera remembranza del mundo mitológico griego. De pronto aparece un modesto joven del Piemonte con una nueva expresión artística y también son mal entendidas por los críticos y artistas contemporáneos sus teorías renova-

doras, haciéndosele la vida insoportable en su patria, de donde la estúpida envidia junto con la ignorancia ciega, habían también echado a Segantini. Este joven audaz, el cual por única riqueza posee la genialidad, toma el camino para el extranjero; Medardo Rosso fué a París para conquistar el mundo artístico y para recibir de los extranjeros el reconocimiento necesario.

Curt SEIDEL.

(Traducido del italiano por A. Rignelli).

(Continuará).

LOS MITOS de PROMETEO

La reaparición de la mitología helénica -

Prometeo raptor del fuego - Pandora

En «La Teogonía» y en «Los Trabajos y los Días», de Hesiodo, aparece por vez primera el Prometeo griego. Se halla ausente de «La Ilíada» y de «La Odisea»; Homero no ha pronunciado su nombre. En «La Teogonía», Prometeo se encuentra, como si dijéramos, en familia. Por transiciones, de las cuales se han borrado en absoluto las huellas, se ha elevado, del estado de fetiche, al rango de héroe y de semidios; pero aún se encuentra dentro de una Mitología enteramente árida. En Hesiodo, como en el «Rig-Veda», el Sol y el Aire, el Fuego y el Agua, transparéntanse bajo los nombres sagrados que los designan, sin personificarlos por completo. Los epítetos se desprenden, como los fragmentos de astros, de estas divinidades esenciales, y forman, a su vez, seres divinos. Las atracciones cósmicas, las fusiones de los elementos y de las cosas, son sencillamente representadas por millares de matrimonios, de incestos y de adulterios que la química moderna renueva, a diario, en sus retortas. Las erupciones volcánicas, los temblores de tierra, los torrentes de aguas diluvianas, adquieren la talla enorme de los

Gigantes, las cincuenta cabezas de los Tifones y los cien brazos de los Heatonqueiros, para desencadenar los mares y remover las montañas. La guerra que durante diez años sostienen los titanes en el campo de batalla en Tesalia, entre el Olimpo y el Otris, contra Zeus tonante en el cielo, sólo es en el fondo una época geológica en acción. Los cataclismos se agitan en sus miembros, y su boca vomita el fuego de los cráteres. Posterior o no a las epopeyas homéricas, «La Teogonía» de Hesiodo, parece alejada de ellas por una distancia casi sideral. El Olimpo de Homero tiene estabilidad y duración, gerarquía y coronamiento, y reglamentación estatuida; el de Hesiodo está desgarrado por guerras y rebeliones intestinas. Existe entre uno y otro la misma diferencia que existió de nuestro planeta, en el período en que su masa gaseosa daba vueltas flameando en el espacio, a la Tierra enfriada y configurada, asentada sobre sólidos cimientos, en medio de mares limitados.

Prometeo, en «La Teogonía», es un Titán, hijo de Japeto que fué engendrado por Urano y por Gea, el Cie-

lo y la Tierra. Los titanes, contemporáneos de la Creación, primogénitos de la Naturaleza, de la cual representaban las fuerzas ciegas, se hallaban, aun antes de su combate supremo, en constante querrela con Zeus. Por virtud de resoluciones dinásticas y de usurpaciones triunfantes, el hijo de Crónos se había apoderado regiamente del mundo. Zeus crecía al lado de ellos y sobre ellos. Existía antagonismo nativo entre este dios equilibrado y ordenado, que hasta en sus violencias se ajustaba a reglas, y las potencias titánicas, acostumbradas a la anarquía del Caos. Prometeo pertenecía al grupo de los revolucionarios, y sus hermanos habían tomado parte en la gran batalla reñida contra el nuevo señor. Uno de ellos, Menecio, fulminado por «el rayo blanco», yacía hundido en el Erebo; el otro, Atlas, el dios-montaña, doblegábase, en Occidente, bajo la bóveda del cielo; Zeus lo había condenado a llevar la Esfera estrellada. Caríatide del firmamento, el gigante vencido sostenía, sobre su inclinada testa y con sus brazos en tensión, la enorme redondez del Zodíaco. La única distracción, en la inmovilidad de su suplicio, consistía en la visita cotidiana del Día y de la Noche que, cada mañana y cada tarde se relevaban solamente ante él.— «Ante las puertas del Tártaro, el hijo de Japeto soporta al vasto cielo con sus manos incansables, y allí es donde se encuentran el Día y la Noche; cruzan la palabra, cuando por turno, a raviesan el ancho umbral de bronce. El uno entra cuando el otro sale. y nunca este recinto contiene a ambos a la vez. Siempre hay uno fuera agitándose en la tierra, mientras que el otro permanece dentro, aguardando la hora de la salida».—Prometeo, el más prudente de la familia, no había tomado parte en el asalto del Olimpo; pero se declaró protector de los hombres aborrecidos por Zeus, desde su advenimiento, como individuos de una raza sospechosa de titanismo, capaz, también, de rebeldía y aun, tal vez, andando el tiempo, de rivali-

dad. De esto nace una desconfianza sorda y rugiente, una sospecha que va engrosando como nube de tempestad. La mirada del Titán y el rayo del Dios se cruzan relampagueantes.

El relato en que Hesiodo explica los agravios de Zeus contra Prometeo, tiene la grosería de una leyenda rústica. Este relato o figura en «La Teogonía»; pero su verdadero sitio sería entre «Los Trabajos y los Días», poema de sudor y de fatiga, en el cual cada verso parece abrir un surco. Mito de campesino más que de poeta, atribuye al Dios y al Titán la ruda codicia y el espíritu ladino de dos aparceros litigando sobre un reparto de tierras o acerca de los linderos de una hacienda. La escena se desarrolla en Sicione, en la época de la celebración de un Congreso fabuloso «cuando los hombres y los dioses disputaban unos con otros» sin duda sobre los ritos de los sacrificios y sobre el reparto de las víctimas. Prometeo, queriendo engañar a Zeus, mata un buey y lo despedaza haciendo dos porciones: en una, coloca las carnes y las entrañas que envuelve en la piel del animal desollado; en la otra, pone los huesos, recubriéndolos con una hermosa capa de grasa succulenta. Zeus sospecha el fraude, pero deja manipular al defraudador, meditando ya su venganza.—«Hijo de Japeto—dice al Titán—¡oh, el más querido è ilustre de los reyes! ¡Cuán desigualmente repartes!» Prometeo le contesta, «sonriendo interiormente por su estratagema»:— «Glorioso Zeus, ¡oh, el más ilustre de los Inmortales! Escoge de estas dos partes la que consideres mejor». — Zeus no se engaña, pero, queriendo atrapar al engañador en flagrante delito, levanta la grasa con ambas manos, deja visibles los huesos, y dice al Titán.— «Hijo de Japeto, oh, querido, astuto entre todos los seres; ¡no has olvidado tus hábiles añagazas!» Y castigando en Prometeo a la raza protegida por éste, contento en el fondo por encontrar pretexto para despojar a los hombres de un elemento que le inspira envidia, Zeus le arre-

bata el fuego inextinguible; sopla sobre la superficie de la tierra, y apáganse todos los hogares. Mas, Prometeo lo engaña aún; sube al cielo en un carro alado que Palas Atenea le presta, y roba al Sol una chispa, ocultándola en el tallo hueco de una caña: transformación visible del palo de higuera —«Pramantha»,— que giraba en el disco de los pastores arios. Esta vez, Zeus «sintióse mordido en el fondo del corazón». Encadenó al Titán a una columna que representaba irónicamente el soporte de los hogares vueltos a encender por éste, y lanzó sobre el pecho un águila insaciable que le devora el hígado. —«Y, durante la noche, el hígado crecía en proporción igual a la que, durante todo el día se había comido el ave de alas desplegadas».

La venganza del dios aún no estaba satisfecha. Antes de enviarlo al suplicio, Zeus dijo a Prometeo:— «Hijo de Japeto, astuto entre todos, te regocijas por haber logrado engañarme robando el fuego. Pero esto será para tí, así como para las razas futuras, una gran desdicha. Enviaré a los hombres un Mal que seducirá sus almas, y todos amorosamente abrazarán su propio daño». Y así, habló y rió. La risa imprime un rasgo sardónico en toda la historia, tal cual la narra Hesiodo. Prometeo ríe cuando cree embaucar a Zeus; Zeus ríe cuando castiga al engañador. Y los dos ríen en plena lucha, con risa tenaz y pérfida, cual la de las estatuas de Egina, que ríen matando y ríen muriendo.

La plaga anunciada por Zeus, era Pandora, la Eva pagana. Ordenó el dios a Hefeso (1) que la amasase con tierra y con agua a imagen de las más bellas diosas. Una tradición, relatada por Estobo, decía que ese fango encantador había sido bañado en lágrimas: símbolo melancólico de todas las potencias de dolor que la mujer posee y ejercita sobre el hombre. Por ella especialmente y para ella, llora el hombre en la vida. Su llanto tiene origen en la mujer, como el

agua en la nube. Es un manantial amargo al par que embriagador.

Las ceremonias bautismales de nuestros cuentos azules, en que las Hadas y los Genios colman con sus dones a una ahijadita en la cuna, provienen acaso de la creación de Pandora. El cuerpo de barro de la mujer yacía en tierra, inanimado y mudo. Zeus lo tocó, y la arcilla se hizo carne. Sus ojos abriéronse a la luz como flores que despliegan sus corolas; su voz cantó en los labios como un pájaro matinal. Los dioses y las diosas acudieron, por mandato del supremo señor a ofrendarla regalos funestos. Palas Atenea la visitó en una túnica blanca, le ciñó a la cabeza un velo transparente, y la engalanó con una guirnalda de rosas primaverales. Afrodita derramó la voluptuosidad en sus miembros y encendió en su seno «los deseos que causan a los cuerpos juveniles». «Hermes—dice el viejo poeta cuyas ideas acerca de la mujer son las de los orientales, que la encierran como a una hermosa bestia dañina,— le inspira la impudicia de la perra, las costumbres depravadas, las zalamerías y las perfidias». Las gracias le posaron en las sienes una corona de oro, diadema regia y bestial, en la que el forjador divino había irónicamente cincelado «todos los animales alimentados por la tierra y por el mar». Cuando la mujer quedó terminada, los dioses se asombraron de su obra: no creían haber realizado tamaña perfección.— «La admiración los dominó desde el momento en que vieron a esta bella calamidad. De ella surge la raza de las mujeres mujerzuelas, la plaga más cruel que existe entre los hombres mortales, porque se apegan, no a la pobreza, sino a la riqueza». Hesiodo es el rural primitivo en toda su terquedad, el hombre desconfiado y ahorrador que vé en la mujer la causa de todas las ruinas. La desprecia y la teme; la compara al zángano que se introduce en la colmena, «y se llena el vientre» de miel, fabricada por las abejas laboriosas. La acusa de echarse encima de su cuerpo todo el caudal de su

(1) Vulcano.

marido. Formula acerca de ella proverbios que rechinan como llaves avaras cerrando un cofre con triple cerradura, cuando el labriego sale de mañana para su campo y deja en la casa a la esposa que le inspira sospechas.— «Que una mujer que adorna su desnudez no seduzca tu espíritu con su charlatanería. Quien se fía en la mujer, se fía en el ladrón».— Y, en otros sitios dá la voz de alarma señalando «a la mujer amiga de los festines, a la que consume a su marido quemado o sin fuego, a la que lo arrastra prematuramente a la vejez».

Sin embargo, después de haberla adornado y armado en guerra, los dioses enviaron a Pandora como regalo dedicado a Epimeteo, el hermano del Titán sometido al suplicio. Epimeteo, en el antiguo mito, es la antítesis de Prometeo. Sus nombres definen este contraste. Prometeo es «el presciente, el previsor», el que sabe las cosas de antemano; mientras que Epimeteo significa «el que no reflexiona hasta después de haber obrado», el que lamenta demasiado tarde el mal acaecido. Su hermano mayor lo había puesto en guardia contra las generosidades del Olimpo y le había recomendado que devolviese a Zeus todos los obsequios que éste le ofreciera. Pero Epimeteo aceptó la virgen desconocida que Hermes le presentó.

El hombre primitivo abrazó en Pandora a la civilización que llegaba hasta él, exornada y brillante, para corromper su ruda inocencia. Como Adán mordió la manzana de Eva, Epimeteo se prendó de la belleza de Pandora. Esta le llevaba como dote un gran vaso cerrado que Zeus le entregó. El misterio atrae a la mujer; abrir lo clausurado, levantar velos, quebrantar y divulgar los secretos, es instinto nativo en su alma, tentación irresistible para sus dedos. Pandora desató el vaso, y todos los Males que allí habían encerrado los dioses, miserias y enfermedades, guerras y crímenes, violencias y preocupaciones, se escaparon y se esparcieron sobre la tierra.—«Sólo la Esperanza permaneció en el vaso, detenida en los bordes, y

no salió de allí; porque Pandora volvió a cerrar con la tapa por orden de Zeus que amontona las nubes». —¡Bella y conmovedora leyenda! El Dios es duro e inexorable; no obstante, siente compasión hacia las criaturas a las cuales acaba de condenar a la desgracia. En el fondo del alma ensombrecida, les deja la Esperanza, cautiva divina que la colorea con matices de arco iris. El hombre sabe hasta qué extremo es falaz la esperanza, pero siempre se deja embaucar escuchando sus dulces mentiras. Engañado por ella, la pide que siga mintiendo y que le cante con voz arrulladora las promesas que, luego, no ha de cumplir. Jsaías, el gran profeta de Israel, expresa con tristeza amarga el mismo pensamiento que contiene el vaso de Pandora: —«¡Oh, hombre! Desde que te destete tu nodriza, desde que te aparten del pecho que te nutre, aguarda tribulación sobre tribulación, aguarda también esperanza sobre esperanza».

(Continuará)

Paul de SAINT VICTOR

NUESTRA VELADA

El domingo 23, en el salón-teatro Tipográfica Bonaerense, se realizará una velada a total beneficio de nuestra publicación. Por lo bueno del programa y por la finalidad que se persigue, esperamos que los amigos no le hagan el vacío a dicha fiesta.

DE ADMINISTRACION

Con este número termina el segundo trimestre de esta publicación.

Al iniciarse el tercero, deben iniciarse también nuevas voluntades.

No queremos hacernos una autobiografía; tampoco mover nuestras cosas a tambor batiente, ya que dentro de nuestra concepción ideológica resultaría ridículo. Pero sí, en cambio, esperábamos que los afines a esta publicación cumplieran con tal deber.

Deber que en este caso se concretaba a permanecer al día, ya que ese es nuestro medio. Confiados en la voluntad y desinterés de los compañeros, hemos remitido números de la revista, y dado la anomalía y atrasos en el pago hemos también repetido muchas veces por intermedio de notas particulares y en publicaciones hechas en la revista, a los suscriptores, agentes y paqueteros, se pusieran al corriente a fin de que la publicación no sufriese el entorpecimiento que podrían llegar como hoy, a la imposibilidad de aparecer.

Este es el motivo por el cual, al llegar al número 12, nos encontramos con un enorme déficit. Déficit que recae, como consecuencia directa a la imprenta que lo imprime, por haber ésta permitido que bajo la responsabilidad de varios compañeros, la publicación no dejase de aparecer.

Estamos, pues, abocados a este problema. El número 13, al aparecer lo hará dando un detalle completo de todos aquellos que no han sabido cumplir con su obligación hacia la revista, para que de esa forma puedan ser conocidos aquellos que hasta el presente han ocupado sitios, que sus procedimientos los inhabilitan.

Al mismo tiempo nos proponemos que todo aquel que no haya abonado el importe de su suscripción antes del 1.º de octubre, en la sucesivo no se le seguirá mandando.

A los suscriptores de 25 de Mayo

A pesar de haber publicado una nota en esta revista en la cual desautorizábamos al individuo Sixto Leiva como agente de la revista en dicha localidad, este señor que se ha quedado con el dinero de esta publicación, sigue con

el talonario de recibos en su poder, y según informes ha cobrado a dos suscriptores de dicha localidad. Volvemos a ocuparnos de este tipo para que no se le abone nada en concepto de suscripciones.

A los agentes y paqueteros que repetidas veces hemos pedido nos contesten a nuestras notas y no lo han hecho, les prevenimos que si esta publicación tuviese que dejar de aparecer por falta de fondos, publicaremos los nombres de los que indebidamente retienen dinero en su poder.

El Administrador.

La fuente de la vida es la ciencia. En caso de duda, el juez supremo es la conciencia.

Manú.

AGENTES

Arribeños: Arturo Villaseca, Librería y Peluquería.

Montevideo: José Rey, Poste Restante.

Colonia: Nicolás Maddalena, Colonia número 2015.

Rosario: Mariano Ferrer, Alvear 783.

Campana: Luis Del Greco.

Punta Alta: J. M. Ramos, 25 de Mayo 430.

Bahía Blanca: A. Corrales, (Kiosco), Colón y Chiclana.

Ingeniero White: Feliciano Carrero, Casa del Pueblo.

Tafí Viejo: R. Ayguabella.

25 de Mayo: López Orellana.

Santiago del Estero: Gregorio Quiñones, Río Negro 148.

San Cristóbal: Angel Cerrutti.

Laguna Paiva: Agustín Fernández.

Baradero: Tomás Bautista.

Mechita, (F. C. O.): Aquilino Orne.

zabal.

Sarandí: Martín Gamíndez, Avenida Mitre 2921.

Berazategui: José Iglesias.

Coronel Suárez: José Kovaes, B. Mitre 210.

Ensenada: Augusto Piris, Río de la Plata 555.

Necochea: Patricio Carreras, Centro E. Sociales.

General Pico: Juan Ferrini.

Zárate: Norberto Insúa, Avellaneda número 76.

Mar del Plata: M. Prieto.

Salta: Francisco Pérez, Jujuy 84.

Publicaciones Recibidas

«El Imparcial», de Campana, números 669-74.

«Il Lavoratore», de Talleres, números 6-7.

«El Hombre», de Montevideo, número 44-46.

«La Batalla», de Montevideo, número 41-42.

«La Batalla, de Chile números 103-104.

«La Rebelión», de Rosario, números 39-40.

«La Prensita», de Tres Lomas, número 315.

«Voces Proletarias», de Campana, número 91.

«El Tintero», de Rosario, núme. 1-2.

«La Voz del Obrero», del Salto, (Uruguay), núm. 3.

«Estudios», de Rosario, núm. 6.

Nota

A los interesados en publicar sus libros, les recomendamos la «Biblioteca de Autores Jóvenes», dirigida por el se-

ñor Bartolomé Galíndez.

Para más datos pedir informes en la secretaría: Bogotá 1860.

NOTAS VARIAS

Todo libro que se envíe duplicado a la dirección de esta revista, será objeto de un detenido análisis bibliográfico.

PUNTOS DE VENTA

«La Protesta», Humberto I.º 1175.

Carolina Venegoni, Ventana 3872.

Ateneo R. V. Crespo, Loyola 94.

Ateneo Obrero de Almagro, Estados Unidos 3719.

Domingo Marciante, Inclán y Luca, (Librería).

Elvira Fernández, Estados Unidos y San José, (Librería).

Centro E. S. Caballito Sud, Don Cristóbal 88.

Y en todos los Kioscos de la capital.

Corresponsales

Montevideo: J. S. Serrano, Rivera número 2017.

Rosario: López de Molina, Montevideo 2636.



ALBORADA



Número

suelto

0 20 cts.

Suscripción por trimestre.....\$ 1.00

Correspondencia: Humberto I. 1175